



UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



GRADO EN HISTORIA

TRABAJO FIN DE GRADO

Director/a: Juan José Cepeda Ocampo

Curso 2023/2024

**Cartas de Amarna. La correspondencia de Ribbadi de
Biblos con el faraón Amenofis IV (ca. 1352-1336 a.C.)**

**Letters from Amarna. The correspondence of Ribbadi of Byblos with
Pharaoh Amenophis IV (ca. 1352- 1336 BC)**

ASIER PALACIO MARTÍNEZ
Septiembre de 2025

RESUMEN

En el presente trabajo de fin de grado se llevará a cabo el análisis de un conjunto de cartas enviadas por el rey de la ciudad de Biblos, Ribbadi, al faraón de Egipto, Ajenatón. Estas cartas pertenecen al corpus de “El Amarna”, un conjunto documental de gran trascendencia puesto que muestra el panorama internacional del Mediterráneo oriental y de la zona mesopotámica durante el Bronce final. El trabajo se centra en el análisis individual de las misivas, las dinámicas de las relaciones internacionales, tanto entre imperios como entre estos y sus territorios subordinados, junto a las principales figuras políticas de la zona.

Palabras clave: Cartas de El Amarna, Egipto, relaciones internacionales, Mediterráneo oriental, Biblos.

ABSTRACT

This final degree project will analyze a set of letters sent by Ribbadi, king of the city of Byblos, to Akhenaten, pharaoh of Egypt. These letters belong to the Amarna Letters corpus, a highly significant collection of documents that provides insight into the international landscape of the eastern Mediterranean and Mesopotamia during the Late Bronze Age. The thesis focuses on the individual analysis of the letters, the dynamics of international relations, both between empires and between them and their subordinate territories, also with the main political figures in the area.

Keywords: Amarna letters, Egypt, international relations, eastern Mediterranean, Byblos.

AVISO DE RESPONSABILIDAD

Este documento es el resultado del Trabajo de Fin de Grado de un estudiante, siendo su autor responsable de su contenido.

Se trata por tanto de un trabajo académico que puede contener errores detectados por el tribunal y que pueden no haber sido corregidos por el autor en la presente edición.

Debido a dicha orientación académica no debe hacerse un uso profesional de su contenido. Este tipo de trabajos, junto con su defensa, pueden haber obtenido una nota que oscila entre 5 y 10 puntos, por lo que la calidad y el número de errores que puedan contener difieren en gran medida entre unos trabajos y otros.

ÍNDICE

1. Introducción.....	5
2. El hallazgo del archivo de El Amarna. La ciudad de Ajetatón, su abandono y redescubrimiento.	7
3. Las cartas de Amarna. Contenido e historia de su edición.	9
4. Análisis de las cartas.....	12
5. Relación entre Egipto, Biblos y Amurru	21
6. Relaciones internacionales y sistema regional	25
7. Red de intercambios y cultura palatina.....	30
8. Mensajeros y embajadores.....	33
9. Conclusión.....	36
10. Fuentes de edición	38
11. Bibliografía.....	38
12. Procedencia de las figuras	39

1. Introducción

En este trabajo se va a analizar un grupo de cartas halladas en el archivo de El-Amarna, una ciudad egipcia situada en el valle del Nilo que fue la efimera capital de este reino durante el gobierno del faraón Amenofis IV, también conocido como Ajenatón. El grupo está compuesto por numerosas cartas que el rey de Biblos, Ribbadi, envió a este faraón en el curso de su reinado, que se sitúa convencionalmente entre los años 1352-1336 a. C. (Grimal 1996: 243 ss.).

Biblos es una pequeña ciudad que se encuentra ubicada en la costa libanesa a 38 km al norte de Beirut, y se considera que es una de las más antiguas ciudades pobladas ininterrumpidamente en el Oriente Próximo, puesto que, desde la creación del primer asentamiento, en el séptimo milenio a.C., siempre ha estado habitada. Fue, además, el puerto cananeo más activo en el tráfico comercial con Egipto, al menos desde la Edad del Bronce antiguo (Aubet 1994: 25-29). En la época de Amenofis IV formaba parte de los dominios que Egipto había ido anexionando en la región siro-palestina en el curso del Reino Nuevo, y tales dominios se administraban mediante un sistema mixto que combinaba el gobierno directo sobre un número reducido de capitales -al frente de amplios distritos territoriales- y el mantenimiento de numerosos reinos vasallos en su interior, dependientes del faraón (Liverani 1995: 435-438).

Amenofis IV fue un faraón perteneciente a la dinastía XVIII, la cual fue fundada por Ahmosis I tras expulsar a los hicsos, un conjunto de poblaciones de origen semita que habían llegado a la región del Delta desde distintos puntos del país de Canaán. Con esta dinastía comienza el periodo conocido como Imperio o Reino Nuevo (*ca.* 1570 – 1069 a.C.), la época en la que Egipto alcanzó un mayor poder territorial y una mayor proyección internacional. El propio Ahmosis fue responsable de extender y asegurar las fronteras con una primera ocupación de las tierras situadas más allá de la península del Sinaí. Se trataba de una política concebida en principio con criterios meramente defensivos, que intentaba evitar posibles invasiones, similares a las protagonizadas por los hicsos tiempos atrás, mediante el control de los pasillos naturales de entrada en Egipto a través de Palestina (Grimal 1996: 219 ss).

Los faraones posteriores de la dinastía XVIII continuaron con esta dinámica, especialmente Tutmosis III, que llevó más allá que ningún otro rey la frontera egipcia,

hasta alcanzar el corazón de Siria y prácticamente toda la costa que se extendía hasta la línea del Orontes. Con ello convirtió a Egipto en todo un Imperio, que pasaba así a formar parte del grupo de las grandes potencias de la época, junto a Asiria, Mittani (Hanigalbat), el Reino Nuevo hitita y Babilonia. El faraón mantendrá con todas ellas intensas relaciones comerciales y diplomáticas.

Las dinastías XVIII, XIX y XX situaron así a Egipto en su máximo esplendor y poder, si bien durante el gobierno de los faraones posteriores a Ramsés III, en el curso de la última de esas dinastías, empezó a fraguarse el declive político del país. Ello se produjo cuando los sacerdotes de Amón en Tebas fueron progresivamente haciéndose con el poder tanto en la corte como en amplios espacios de la administración territorial del país, hasta que finalmente el gobierno del reino quedó repartido entre el faraón y ellos mismos (Grimal 1996: 249).



Figura 1. Mapa político del Oriente Próximo en la época de Amarna, finales del siglo XIV a.C.

El gobierno de Amenofis IV se sitúa en el centro de la fase final de dominio de los faraones de la dinastía XVIII, en lo que se ha denominado la época de Amarna, que ocupa gran parte del siglo XIV a.C. El archivo de correspondencia diplomática hallado en esta

localidad egipcia es de tal importancia para el conocimiento de la historia política del Oriente antiguo que ha dado nombre a toda la época (Kuhrt 2000: 225 ss).

2. El hallazgo del archivo de El Amarna. La ciudad de Ajetatón, su abandono y redescubrimiento.

El archivo de Amarna fue hallado en Tell de el-Amarna porque el faraón Amenofis IV, quién cambió su nombre a Ajenaton durante el cuarto o quinto año de su reinado, trasladó la capital de Egipto de Tebas a este lugar en torno al año 1347 a. C. Tell el Amarna es el nombre moderno de la antigua Akenaten, una residencia real fundada por Amenofis IV para aplicar de manera más efectiva su reforma religiosa, alejándose de la influencia del clero de Amón y de los otros dioses tradicionales, cuyo culto pesaba mucho en Tebas. La zona elegida para asentarse estaba a medio camino entre Tebas y Menfis, en la orilla oriental del Nilo (Liverani 1998: 12).

Amenofis IV transformó radicalmente la antigua religión egipcia, al instaurar una suerte de monoteísmo, centrado en el culto del disco solar, el Atón, que supuso la total marginación del hasta entonces omnipresente culto a Amón. Ello implicó el cierre de todos los templos dedicados a otros dioses, cuyo culto quedó abolido en la práctica. Sin embargo, tras su muerte, su hijo Tutankatón, que pronto cambió su nombre a Tutankamón, interrumpió las reformas, y la capital volvió a trasladarse a Menfis, restauró el centro religioso de Tebas, y devolvió la religión politeísta a Egipto.

El cambio de capital a Amarna provocó que miles de personas se trasladaran, y entre ellas destacan los principales funcionarios del reino, que transportaron consigo algunos de los documentos que integrarían el archivo real que se fue formando en la nueva capital. Este se encontraba ubicado en la Casa de la Correspondencia del Faraón, y las misivas están grabadas en su mayoría en escritura cuneiforme y en lengua acadia, la cual era la lengua más utilizada en las relaciones internacionales (Grimal 1996: 256).

El hallazgo de la mayor parte de las Cartas de El Amarna se produjo a lo largo de los dos últimos decenios del siglo XIX. Las primeras tablillas aparecieron en 1887 fruto de un descubrimiento fortuito, cuando Farag Ismain, una campesina, se topó con las tablillas mientras trabajaba. Tras el descubrimiento, siguieron excavando de manera totalmente clandestina, por lo que existen varias versiones sobre el descubrimiento y es difícil saber cuántas tablillas se hallaron, fueron perdidas o destruidas. Además, es sabido que más de 300 tablillas llegaron a manos de anticuarios y coleccionistas privados, que las adquirieron mediante compra, donación o confiscación. La mayoría de ellas acabaría formando parte del fondo de varios museos, como el Vorderasiatisches de Berlín, el Museo Británico o el de El Cairo (Moran 1992: 13).

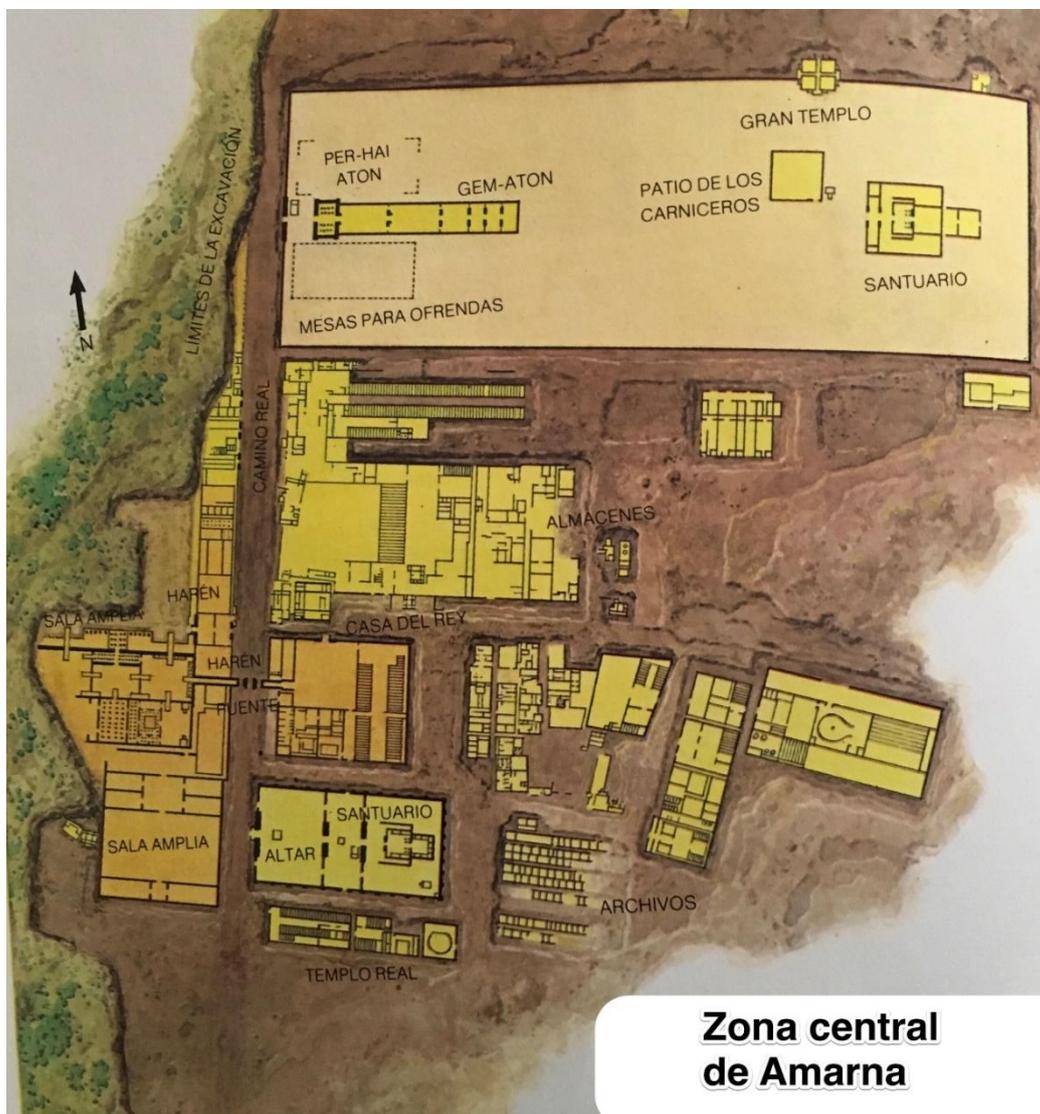


Figura 2. Planta de la zona central de la ciudad de Amarna, siglo XIV a.C.

Cuando se produjo el hallazgo de las tablillas y este fue descubierto por las autoridades egipcias, estas iniciaron nuevas exploraciones, sin que se encontrasen más ejemplares. Fue por entonces cuando, en 1891, William Flinders Petrie llegó al yacimiento. Este egiptólogo británico fue pionero en el uso de un método sistemático en el estudio arqueológico, y es considerado como uno de los fundadores de la arqueología científica (Drower 1995: 221). Petrie descubrió 22 nuevos fragmentos de tablillas cuneiformes en la campaña de 1891- 1892 (Petrie 1894: 34-35) y para inicios del siglo XX ya se habían encontrado más de 300 ejemplares distintos. Mas esto no terminó aquí, puesto que desde 1907 se ha descubierto una veintena más, hasta alcanzar las 382 tablillas conocidas en la actualidad (Liverani 1998: 9-10).

3. Las cartas de Amarna. Contenido e historia de su edición.

De los 382 documentos que forman la colección de El Amarna, sólo 32 no son cartas o inventarios adjuntos a cartas. El contenido de este pequeño grupo es muy diverso. Algunos pertenecen a la tradición escrita mesopotámica: mitos y epopeyas, silabarios, textos léxicos y una lista de dioses. En uno hay un cuento de origen hurrita, en otro una lista de palabras egipcias escritas en cuneiforme silábico con equivalencias en babilonio. En las ediciones de las cartas de El Amarna, la correspondencia se suele dividir en dos partes, la primera se refiere a las potencias extranjeras que trataron con Egipto en pie de igualdad: Babilonia, Asiria, Mittani, Arzawa, Alasia y Hatti, mientras que el segundo grupo se refiere a la correspondencia con los gobernantes locales de la zona siro-palestina, los cuales en su mayoría eran vasallos del faraón (Moran 1992: 15 ss).

La mayor parte del archivo consiste en cartas recibidas de fuera de Egipto. Solo un pequeño número fue escrito en Egipto: dos cartas, más un inventario, estaban dirigidas a Babilonia, una a Arzawa, y el resto a vasallos situados en la región de Siria y Palestina. La presencia de estas misivas en el archivo tiene probablemente más de una explicación. Una de las explicaciones aducidas parte de la base de que, en general, se hacían copias de las cartas que trataban asuntos de importancia, por lo que podrían requerir no solo del original si no de una copia, conservada en el archivo. La otra explicación es que esas cartas pudieron no haberse llegado a enviar por descuido. De hecho, parece que las cartas

a los vasallos fueron más infrecuentes, y aún menos importantes como para exigir copias (Moran 1992: 16).

La correspondencia entre grandes potencias era un tema diferente, ya que era bastante más regular, y trataba asuntos importantes entre reinos, como las negociaciones matrimoniales. Si la práctica egipcia era hacer copias de este tipo de cartas, hay que preguntarse por qué hay tan pocas en los archivos. La explicación tal vez sea que, por lo general, las cartas se escribían primero en egipcio y después se preparaba una traducción. Esta última era la que se enviaba, aunque también puede que el mensajero egipcio llevara la copia original. Si el documento era lo suficientemente importante como para ser guardado, se archivaba, pero en egipcio, en la sección de lengua egipcia.

El elemento clave que hace tan importante el archivo de Amarna es su excepcionalidad, puesto que es el único conjunto de documentos diplomáticos de ese periodo que ha llegado hasta la actualidad. Estas misivas permiten conocer muchos aspectos de las relaciones internacionales de Egipto con las grandes potencias de Oriente Próximo de finales del reinado de Amenofis III (ca. 1352 a. C.), todo el reinado de Akhenaton (ca. 1352 – 1336 a. C.) y comienzos del reinado de Tutankamon (ca. 1336 – 1327 a. C.). En las misivas participan gobernadores de regiones muy importantes, como Babilonia, Amurru, Mittani, Biblos (Grimal 1996: 249).

Después de las primeras lecturas e interpretaciones, se procedió a la transcripción de los primeros lotes de cartas. Hugo Winckler fue el encargado de editar los textos para el museo de Berlín, utilizando las copias realizadas por L. Abel entre 1889 y 1990, asimismo, no sólo transcribió, sino que también tradujo todos los textos conocidos hasta ese momento. Por su parte, C. Bezold se ocupó de la edición de los textos para el museo británico, aunque sus fotografías y copias impresas presentaban errores paleográficos. Por su parte, Sayce trabajó en las tablillas halladas durante las excavaciones de Petrie, las cuales finalmente se depositaron en el museo Ashmolean de Oxford (Liverani 1998: 10).

El asiriólogo noruego J.A. Knudtzon llevó a cabo una revisión completa de todos los textos, así como un minucioso análisis filológico, que constituyeron la base de la reedición exhaustiva que llevó a cabo. Su traducción supuso un enorme avance y sigue siendo un punto de referencia ineludible, y su transcripción sigue siendo la única completa disponible hasta la fecha. Aunque no pudo publicar íntegramente sus copias de textos, Knudtzon proporciona autógrafos de los puntos más controvertidos. Los índices y

comentarios fueron publicados años más tarde por O. Weber y E. Ebeling, ya que Knudtzon había fallecido. Entretanto, Otto Schroeder publicó excelentes copias de los textos que llegaron a Berlín (Liverani 1998: 11).

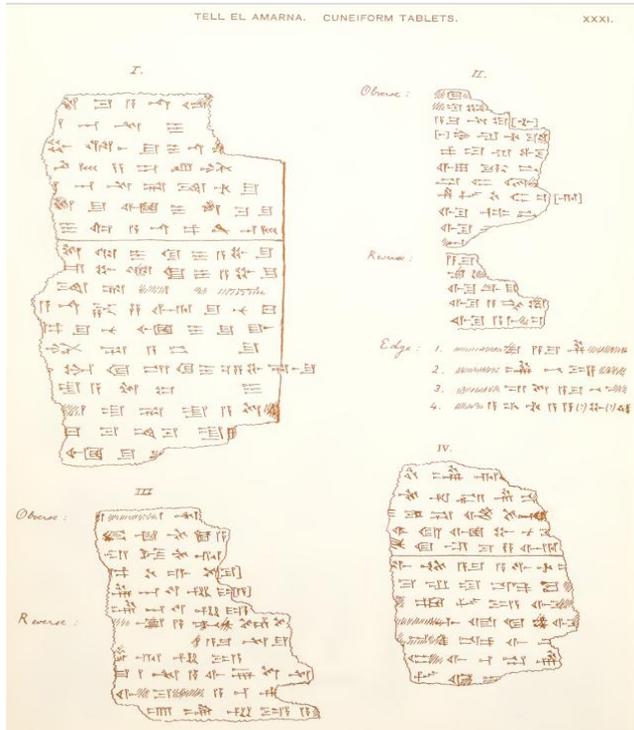


Figura 3. Tablas cuneiformes.

En el periodo de entreguerras se editaron algunas tablillas, pero en general, la actividad se estancó, sobre todo por la extraordinaria labor de Knudtzon, que permitió el desarrollo de los estudios históricos y lingüísticos de los textos, e incluso Mercer realizó una traducción en inglés, aunque algo inferior a la de Knudtzon. Después de la Segunda Guerra Mundial, y también como repercusión por el descubrimiento de textos ugaríticos, se desarrollaron las investigaciones sobre las características dialectales locales de las letras siropalestinas. Ante esto, emergió la necesidad de hacer una nueva edición completa de las cartas, la cual fue anticipada por el trabajo de W. L. Moran, quien ya había contribuido mucho al estudio lingüístico de las cartas. Esta reedición era esperada por toda una generación. Mientras tanto, el erudito israelí A. F. Rainey decidió reeditar la transcripción y traducción de todas las cartas publicadas desde la edición de Knudtzon, para disponer de todo el corpus en dos volúmenes (Liverani 1998: 12ss).

Finalmente, Moran publicó su traducción, primero en francés y luego en inglés, aunque sin transcripción, lo que obliga a seguir utilizando la edición de Knudtzon. La excelente traducción de Moran ha dado en cualquier caso un nuevo impulso al estudio filológico y al uso histórico de las cartas.

4. Análisis de las cartas

El grupo de cartas que nos interesa en este trabajo está compuesto por las misivas que Ribbadi, rey de Biblos, le envía al faraón Ajenatón (EA 68, 69, 70, 74, 75, 76, 78, 79, 81, 83, 84, 85, 88, 89, 90, 91, 92, 94, 95, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138). Este conjunto se escoge por ser de los más amplios y ofrecer mucha información sobre las relaciones internacionales, los conflictos, el comercio y la economía de la época.

La correspondencia entre ambos comienza con la carta 68 y termina con la carta 138, sin embargo, no todas son enviadas por Ribbadi al faraón, también hay algunas que son enviadas por este a Haya (EA 71) y a Amanappa (EA 73, EA 77, EA 82, EA 86, EA 87 y EA 93), oficiales egipcios, y una carta (EA 96) que el propio Ajenatón envía a Ribbadi. Además, es necesario comentar que dentro de toda esta correspondencia también hay varias cartas cuyo contenido no se ha podido traducir o se ha perdido (EA 72, 80, 115, 128 y 135). Para su resumen y comentario usaremos la traducción y el orden cronológico que aparecen en la obra titulada *The Amarna Letters* de William L. Moran, escrita en 1987.

En este conjunto de misivas los tres personajes principales son Ribbadi de Biblos, el faraón Ajenatón, y un tercero que es quién provoca el malestar y la necesidad de Ribbadi de pedir auxilio a Egipto mediante las mismas. Se trata del rey de Amurru, Abdi-Ashirta, y posteriormente sus hijos. La mayor parte de las cartas comienza con una serie de formalismos en los que se puede apreciar la posición de subordinación de Ribbadi frente a Ajenatón, utilizando frases como “a los pies de mi señor, mi sol, caigo siete y siete veces” o “el rey del mundo, el gran rey, el rey del universo”. En estos formalismos también se pueden detectar más detalles, y, por ejemplo, en la frase utilizada en la carta 68 “Que el rey, mi señor, sepa que Gubla, tu sierva desde la antigüedad está bien”, se

percibe que Biblos y Egipto llevan teniendo relaciones diplomáticas y comerciales desde mucho antes, de hecho, desde los tiempos predinásticos. Es importante comentar que “Gubla” es el nombre con el que Ribbadi se refiere a su propia ciudad.

En la carta 68, Ribbadi empieza comentando que la guerra contra él es severa, y que no se debe descuidar la ciudad de Sumur, para que esta no se una a los “Apiru”. Estos, también conocidos como “habiru” o “abiru” eran un pueblo nómada o seminómada que se dedicaba generalmente al pastoreo y ocasionalmente al pillaje. No eran clanes acadios o sumerios, sino que eran semitas provenientes, junto con los amorreos, de la estepa occidental siria (Castillo, 1982: 92). También se menciona al comisionado egipcio Pahanate, quién se encontraba en la ciudad de Sumur arbitrando el conflicto. Por último, Ribbadi comenta que han reunido provisiones procedentes de la región de Yarimuta, la cual, es una región cercana a Biblos donde se producía la mayor parte del grano que consumía la ciudad (Halpern 2011: 143).

En la carta 69, Ribbadi ruega por refuerzos del faraón, mencionando que está siendo atacado constantemente y que sus ciudades están siendo damnificadas. No obstante, si recibe arqueros en el transcurso del próximo año, cree que podrá restaurar la paz. Y en la siguiente misiva continúa solicitando tropas, esta vez de Meluha. Esta ciudad también es designada como Nubia, y las tropas nubias eran parte del ejército egipcio. También eran denominadas tropas de Kali (Kush), ya que los topónimos de Meluha y Kali es posible que correspondan a la misma ciudad.

En la carta 74, Ribbadi describe la precaria situación que atraviesa su ciudad, empeorada por los triunfos de Abdi-Ashirta. Los campesinos han tenido que vender todas las provisiones en Yarimuta debido a la imposibilidad de trabajar los campos por la amenaza de los "abiru", situación que Ribbadi describe en la siguiente frase “por falta de cultivador, mi campo es como una mujer sin marido”. A esto añade que todas las aldeas de Biblos ubicadas en la costa ya se han unido a Amurru, y que tras la toma de la ciudad de Sigata, el rey de Amurru dijo “matar a vuestro líder, y entonces seréis como nosotros y habrá paz”, lo que provoca que el rey de Biblos se sienta “como un pájaro en una trampa”. Por último, Ribbadi, sabiendo que Amanappa, oficial egipcio, ya ha regresado a Amarna, pide al faraón que escuche su versión, ya que él ha vivido de primera mano el conflicto.

En la siguiente misiva, la que lleva el número 75, se expone como Abdi-Ashirta asesinó a Aduna, rey de Irqata, ciudad ubicada al noroeste de Biblos, mientras Ammiya, rey de Arashni, y aliado de los “abiru” tomó Ardata mientras los hombres de esta ciudad se amotinaron contra su propio rey. Además de que el rey de Hatti se ha apoderado de todos los territorios que previamente pertenecían al rey de Mittani.

En la carta 76 Ribbadi informa de que “el perro”, nombre con el que se refería a Abdi-Ashirta, ha unido a todos los beduinos, junto a los reyes de Mitanni y Kasse (Babilonia) contra las ciudades Sigata y Ambi, ambas bajo dominio de Biblos. A su vez, informa de que Zemar ha sido tomada por los beduinos y que para poder hacer frente a estos necesita que le envíe una guarnición de 400 soldados y caballos. En la carta 78, Ribbadi comenta que había estado en la ciudad de Batruna valorando la situación.

En la carta posterior -la número 79- el rey de Biblos informa que ya ha llegado “Amanappa” (Amenope), y que esto ha provocado que todos los “abiru” se vuelvan en contra de él, instigados por Abdi-Ashirta. A pesar de todo, aún hay ciudades del lado de Ribbadi “Dos ciudades permanecen conmigo”, la propia Gubla y Batruna, pero necesitan de apoyo para poder rechazar a los amorreos, tanto comida como tropas.

En la carta 81, se informa que el rey de Amurru intenta persuadir a los líderes de Gubla y Batruna para que se unan a él, poniendo de ejemplo el caso de Ammiya, y posteriormente Ribbadi menciona un intento de asesinato en su contra y pide refuerzos, ya que Biblos y Batruna no podrán resistir más de dos meses sin ayuda. En la siguiente carta (83), expresa su descontento por la falta de respuesta del faraón a sus cartas y considera posibles alianzas para sobrevivir, como hacer como los reyes YapahHadda y Zimredda y aliarse con Abdi-Ashirta o que el comisionado Yankhamu se haga responsable de su situación. Si no recibe ayuda, Ribbadi planea abandonar la ciudad con los leales a él.

En la misiva número 84, Ribbadi desmiente los rumores de que Biblos ha caído y solicita supervisión militar mientras él refuerza las defensas. Y en la consecutiva (85) Ribbadi informa de que en el transcurso del último año ha sido atacado tres veces por los beduinos, los cuales llevan robándole el grano dos años, y ya no le quedan provisiones para alimentar a la población. Pide grano y tropas, expresamente cuatrocientos hombres y treinta pares de caballos para proteger la ciudad. Argumenta que la deuda de grano con Yankhamu ya está saldada, pues según Ribbadi, depositó el pago en la ciudad del rey Yapah-Hadda, Beirut. Para verificar esto, Ribbadi le insta a preguntar a Puheya, enviado

de Biblos a Amarna, y reclama más grano de Yarimuta, aquel que previamente se proporcionaba a la ciudad de Sumur. A posteriori, Ribbadi expone como Abdi-Ashirta y sus ejércitos se han movido hacia Beirut, para lograr nuevas alianzas con el reino de Mittani, cuyo rey trató de marchar hacia Biblos, pero debido a la falta de agua potable para su ejército, se vio obligado a abortar el ataque. Por último, el rey de Biblos también exige una respuesta, negativa o afirmativa ante sus exigencias, que le indique como actuar frente a la amenaza.

En la carta 88, informa que los amorreos han tomado Batruna y están cerca de Gubla, y si no recibe ayuda, Gubla podría ser tomada por Abdi-Ashirta. Y en la sucesiva (89), Ribbadi informa de que Tiro, la ciudad en la que gobernaba “su hermano” Abi-Milku, también ha sido tomada por Abdi-Ashirta. Se hallan similitudes entre ambos monarcas, pues ambos, ante la creciente amenaza, se ponen en contacto con el faraón para que les auxilie, y en ambos casos este hace caso omiso a las súplicas. Las cartas que el monarca de Tiro envió al faraón también forman parte de la colección del Amarna, desde la carta 146 a la 155.

En la siguiente carta (90) Ribbadi comenta que se ha quedado sólo, únicamente Biblos está bajo su poder, y los reyezuelos de las ciudades colindantes están “en paz” con los amorreos. También informa de que Abdi-Ashirta se halla en Mittani, “pero sus ojos están en Gubla”. En la sucesiva (91), Ribbadi reprocha al faraón su actitud pasiva frente a los amorreos y le ofrece una solución: si le paga mil siclos de plata y cien de oro a Abdi-Ashirta se alejará de Gubla. Y en la siguiente (92) Ribbadi continúa con sus demandas de auxilio, explica que su mensajero volvió sin nada y que Abdi-Ashirta está preparando un ataque contra Biblos. Agradece al faraón por avisar a los reyes de Tiro, Beirut y Sidón sobre su necesidad de “una fuerza auxiliar”, aunque estas ciudades no le han respondido.

En la carta 94 se pone de manifiesto una traición, en la que alguien ofrece agua a los enemigos en territorio de Biblos, y en la 95, Ribbadi narra como el rey de Mittani ha visitado Amurru, y pide al faraón doscientos hombres de la ciudad de Meluha. La carta termina con Ribbadi informando que Abdi-Ashirta está muy enfermo, y que su deceso es inminente.

En la carta 102 Ribbadi comenta que está arruinado, que no ha podido desplazarse a Sumur tal y como el faraón le ha designado, ya que la ciudad de Ampí le hace la guerra porque los señores de esta ciudad se encuentran aliados con los hijos de Abdi-Ashirta. A partir de este punto el tema de la caída de Sumur es muy recurrente en las cartas, pues

Ribbadi lo usa de ejemplo sobre lo que los amorreos quieren hacer en su ciudad, y la siguiente carta (103) comienza manifestando la situación crítica de esta ciudad. El reino de Amurru ahora estaba gobernado por los hijos de Abdi-Ashirta, y Sumur e Irqata pertenecían a su rey, denominado “el Magnate”, quién solicitaba auxilio a los reyes de las ciudades colindantes. Sin embargo, Zimredda, rey de Sidon, y Yapah-Hadda de Beirut no acudieron a su llamada, mientras que Ribbadi sí lo hizo. Entonces, Ribbadi le insta a Ajenaton a que envíe rápidamente una fuerza auxiliar a Sumur e Irqata para defenderla de los enemigos.

En la carta 104 se narra cómo la ciudad de Ullasa fue tomada por Pu-Bahla, uno de los hijos de Abdi-Ashirta, uniéndose a Ardata, Sigata, Wahliya y Ampí como ciudades bajo dominio amorreo. Ribbadi anuncia que la próxima ciudad a tomar por estos es Sumur, y que es necesario que el faraón envíe una fuerza auxiliar con urgencia, ya que él también está siendo atacado y no puede prestar apoyo a esta ciudad. Además, en esta ciudad se halla el comisionado egipcio, quién según Ribbadi, será asesinado si la ciudad cae.

En la 105 se narra el sitio que sufre la ciudad de Sumur. Para describir la situación a la que se enfrenta la ciudad, Ribbadi utiliza la expresión “como un pájaro en una jaula”, y es que la ciudad está rodeada por los hijos de Abdi-Ashirta por tierra, y por la gente de la ciudad de Arwada por mar. Ribbadi intentó ayudar enviando tropas en barcos del comisionado Yankhamu, pero fueron interceptados. Informa de que los egipcios que se hallaban en Ullasa y huyeron tras la caída de la ciudad, están con él, pero no tiene como alimentarlos. Y, por último, informa que Yapah-Hadda ha iniciado una guerra contra él, según Ribbadi, por que posee propiedades en sus territorios, a lo que añade que el propio Yapah-Hadda va a comentárselo al faraón en una carta desde el otro punto de vista.

En la carta 106 se narra cómo, aunque las fuerzas de los amorreos han llegado hasta las puertas de Sumur, está aún aguantando. Continúa mencionando la muerte del comisionado egipcio que se hallaba en la ciudad y vuelve a solicitar que se envíe otro comisionado con tropas para defender la ciudad. Según Ribbadi este comisionado debía ser Yankhamu “el parasol del rey”, ya que había oído que era un hombre muy sabio y que todo el mundo amaba. Por último, solicita al faraón veinte pares de caballos de primera clase, para, junto a todos los hombres que aún le son fieles, poder marchar en contra de sus enemigos.

En la 107, Ribbadi explica que debe interrogar y averiguar en que asuntos se halla Ha ip, el comisionado egipcio que el propio faraón había designado en Sumur para solucionar

el asunto, ya que, Ribbadi da a entender que tenía relaciones positivas con los amorreos. En la consecutiva (108) Ribbadi expone como los hijos de Abdi-Ashirta han cometido una falta de respeto nunca antes vista, robando los carros y los caballos del rey y vendiéndolos a soldados de la tierra de Subaru. Y en la misiva 109 Ribbadi compara los hechos de los antepasados del faraón, quienes nunca abandonaron a los antepasados de Ribbadi, contrario a lo que sucede en ese momento.

En las misivas número 110 y 111 se demandan, en la primera, barcos de la flota real de Ajenaton, y en la siguiente, tropas de arqueros para enfrentar a los “abiru”, mientras el autor se hace preguntas en relación con los últimos mandatos que le envió Ajenaton, que decían “Vigila, mantente en guardia”, a lo que Ribbadi responde que no va a haber nada que guardar si no reacciona rápido enviando dinero o tropas.

En la carta 113 Ribbadi informa de que Yapha-Hadda ha saqueado dos de sus barcos, y exige que se envíe a un comisionado para mediar entre ambos. Y en la posterior (114) el rey de Biblos comenta como Aziru, hijo de Abdi-Ashirta, está en guerra con él, y ha capturado a doce de sus hombres, los que había enviado a Sumur, por cuyo rescate exige cincuenta siclos de plata. Además, también detalla como las naves de los gobernadores de Tiro, Beirut y Sidon, se hallan en Wahliya, todos en paz con el Reino de Amurru, y en guerra con Biblos, y asegura que por este motivo han estado secuestrando y saqueando sus naves. Igualmente narra como envió tropas a Sumur, pero en vista de la difícil situación allí, estas desertaron, y a esto se añade que los campesinos ya no obtienen provisiones de Yarimuta porque Yappa-Hadda lo impide.

En la 116, se expone que Sumur aún no ha sido tomada pero la situación empeora. Reitera su conflicto con Yappa-Hadda y espera recuperar sus bienes mediante mediación. Comenta que las ciudades se han unido a los “abiru” y que Yappa-Hadda y Aziru tramán en su contra. Y en la siguiente carta (117), Ribbadi comenta que todos los monarcas al sur de Sumur están en su contra, y que los dos hombres que envió al palacio de esta ciudad no han regresado. El autor asegura que, si a lo largo del siguiente año no le llegan arqueros, todo el territorio pertenecerá a los “abiru”, e incluso le ofrece otra alternativa por si no desea enviar tropas, que consiste en que el faraón envíe a Yankhamu y Pihura junto con sus alcaldes a enfrentar a Aziru. Además, aún no se han solucionado los conflictos con Yappa-Hadda ni con Ha’ip, y el propio Ribbadi comienza a desconfiar de sus campesinos.

En la número 118 anuncia que tiene pleitos con otros reyes, por eso necesita que le envíe un comisionado de urgencia. Tras esto, exige que se le otorgue lo que le corresponde, o que el faraón tome de los demás reyes lo que pertenece a Ribbadi y se lo quede para él. Reitera el hecho de que Beirut y Sidon ya no son ciudades bajo dominio del faraón, pues los hijos de Abdi-Ashirta se hallan en ellas, y necesita víveres para alimentar a sus campesinos, puesto que teme que pronto puedan abandonarle. Por último, Ribbadi demanda que Ajenaton proteja a Yankhamu, quién está sufriendo ataques de los amorreos. Y en la subsiguiente carta (119) el autor comienza preguntando porque le fue mandado “estate en guardia”, si no le han llegado aún tropas y caballos para respaldarle. Después, procede a defenderse de unas acusaciones en las que se comenta que ha asesinado a algunos arqueros del faraón, declarando su total e infinita lealtad al rey.

En la siguiente misiva que Ribbadi envía, la numero 121, comienza comparándose con sus ancestros, los cuales, ante ataques enemigos solían contar con guarniciones y provisiones del faraón a su disposición. Y en la carta posterior (122), narra como Pihura, quién además cuenta con tropas del faraón, ha cometido un acto de mucha gravedad contra él, puesto que ha enviado a los suteanos o suteos, otro pueblo de esa zona, contra él, y estos han matado y secuestrado gente. Esto ha provocado la ira en el pueblo de Ribbadi, que dice “Un hecho que no se producía desde tiempos inmemoriales”, y en ese momento el propio Ribbadi teme no poder contener a su pueblo y que estos se rebelen.

En la carta 123 vuelve a destacar el acto tan grave que sufrió a manos de Pihura, y exige que permita regresar a los tres hombres secuestrados que se llevaron a Egipto, Abdi-Rama, Yattin-Hadda y Abd(i)-Milki, porque si no, teme una revolución contra él. En la siguiente (124) comienza mencionando a Aziru, quién tiene en su poder todas las ciudades de Ribbadi salvo Gubla (Biblos), y en ese momento se dirige con tropas a intentar tomarla. Ribbadi se espera lo peor, mientras demanda refuerzos a su faraón. El autor también explica porque envía tantas tablas al rey, ya que menciona que el rey le afirma que “eres el gobernante que más me escribe de todos”, y la causa es que espera provocar una reacción en Egipto que le ayude a enfrentar la amenaza.

En la carta 125 Ribbadi comenta como, aunque previamente tenía a una guarnición del faraón con él, no tenía como alimentar a estos. Ajenatón le propuso que los alimentara con provisiones provenientes de Yarimuta, sin embargo, Aziru le ha saqueado múltiples veces. Además, tampoco posee grano debido a que los campesinos de las ciudades de Ribbadi se han marchado a otras ciudades debido a los ataques. El autor critica que se le

compare con otros gobernantes, porque los demás tienen sus ciudades y campesinado bajo su control, pero este no es su caso. Y, por último, niega la propuesta de hacer una alianza con Aziru. En la misiva posterior (126) denuncia como Aziru ha hecho un bloqueo por mar a Yarimuta, y mientras los barcos de los demás gobernantes en paz con él tienen permitido el paso, los suyos no. Por otro lado, resalta que los enemigos están movilizandando las tropas de los hititas para sitiar Gubla.

En la carta 127 el autor anuncia que necesita las tropas del faraón con urgencia debido a que está siendo sitiado, y en la 129, expone como la única ciudad que mantiene consigo es Batruna, Vuelve a pedir al faraón que no abandone Gubla, ya que sin los arqueros que pide Ribbadi, este predice que la ciudad va a caer. En última instancia y en caso de que Ajenaton no envíe arqueros, solicita que al menos le envíen barcos que le saquen a salvo de la ciudad. Por último, comenta como los enemigos han perdido el respeto a Ajenaton, puesto que capturaron y asesinaron a Pewuru, un comisionado egipcio, además de tomar el territorio de Sumur.

En la carta 130 denuncia que, aunque el rey le comentó que “Irimayassa está yendo donde ti”, este no ha llegado, y ante la falta de provisiones, teme de su propio campesinado. Por último, manifiesta que mientras viva defenderá la ciudad, pero que quién lo hará cuando fallezca. La siguiente carta 131 empieza con Ribbadi aludiendo al número de tropas que necesita si el faraón desea que mantenga la ciudad a salvo: 300 soldados, 30 carros y 100 hombres de Kassi, y vuelve a hacer referencia al asesinato del comisionado Pewuru, y como dejaron su cuerpo desamparado, sin poder realizarle una ofrenda funeraria digna.

En la carta 132 Ribbadi espera convencer al faraón para que este no forme una alianza con los apiru. Le ruega que interroge a Yankhamu por los últimos acontecimientos, y hace referencia al asesinato de Pewuru, buscando una respuesta en forma de ataque a los amorreos. En la siguiente carta (133) el contenido no varía y continúa intentando persuadir al rey de actuar y protegerle.

La carta número 134 inicia con Ribbadi comentando que los dioses no han abandonado su ciudad, pero que sus ciudadanos sí, puesto que se han visto obligados a marcharse en busca de alimento para sobrevivir. Además, se pregunta porque no ha recibido respuesta si ha enviado un hombre a palacio, y finaliza asegurando que han tomado Sumur, y temiendo que la próxima vaya a ser Gubla. El mensaje de la carta 136, comienza con el propio Ribbadi manifestando como todo su círculo personal le instaba a

aliarse con el hijo de Abdi-Ashirta, pero como él siempre se negó. Después, entabló una alianza con el rey Ammunira, quién le acabó traicionando, y en ese momento, necesita con presteza la llegada de tropas de rey, porque si no será asesinado.

En la penúltima carta del rey Ribbadi (137), relata la traición que sufrió a manos de su hermano, quién cuando el oficial egipcio llegó a Biblos sin tropas ni dinero, conspiró con habitantes de ciudad para entregarla a Abdi-Ahshirta y derrocar a Ribbadi, quién se encontraba viajando a Hammuniri. A continuación, Ribbadi idea y escribe un nuevo plan para reconquistar la ciudad con ayuda de los egipcios, pero debido a su situación de enfermo, se encontraba débil para llegar hasta Mitsru, así que en su lugar, envía a su hijo para llegar a un acuerdo. En la tablilla, Ribbadi apunta que aún hay mucha gente que le aprecia en la ciudad, así que cuando la población descubra que unas tropas egipcias llegan a retomar la ciudad, abandonarán el bando de los amorreos.

Posteriormente comenta las muchas riquezas de la ciudad, templos, oro y plata, y sugiere que, tras reconquistarla, haga lo que quiera con la ciudad, pero que le otorgue “la ciudad de Buruzilim como residencia”, la cual, está en poder de los enemigos. Además, si Ajenatón cede a las peticiones de Ribbadi e intenta retomar la ciudad, podría recuperar el control de las ciudades de “Kinahnu” (Canaán). La carta termina con Ribbadi exigiendo por última vez la llegada de tropas a Biblos, pues a este, exiliado en Hammuniri y enfermo crónico, se le acaba el tiempo.

Y en la última tablilla enviada, comenta como la gente de Gubla le añora y le piden que les espere, y como el faraón no tiene ningún siervo más leal que él. Seguidamente señala como consiguió repeler los ataques de los amorreos incluso sin recursos, y como poco a poco, y ante la vista del abandono del faraón, la población acabó decidiendo unirse a Aziru, aprovechando un momento en el que se había marchado a Beirut a intentar hacer una alianza con Hammuniri. A su retorno ni siquiera le permiten entrar, pues se encuentra con la ciudad protegida por tropas de Aziru, sin embargo, el propio pueblo, por miedo a las represalias que pudieran sufrir por parte del faraón, le permitió entrar, pero con la clara consigna de no dejarle enviar ningún mensaje a Amarna. Se expulsó a las tropas extranjeras de la ciudad, y esta quedó dividida por igual entre los partidarios de estos y de Ribbadi, además de que su hijo ya había sido enviado al faraón.

Tras esto, se encuentra viviendo en Beirut “como un perro”, por lo que sigue intentando convencer al faraón de retomar la ciudad, exponiendo grandes crímenes que

ha cometido Aziru, como expoliar los tesoros de la ciudad y expulsarle de esta. También le advierte sobre la posible toma de Beirut, puesto que si los hijos de Abdi-Ashirta toman esta ciudad, al faraón no le quedarán más tierras en la zona. La correspondencia termina con Ribbadi suplicando a Ajenaton “por favor, devuélvenos nuestra ciudad”, ya que aunque él fallezca, sus hijos y siervos le sucederán y continuarán escribiendo al rey.

5. Relación entre Egipto, Biblos y Amurru

Durante la Edad del Bronce tardío existía un sistema político de dos niveles en toda la franja siro-palestina, que era una zona gobernada por pequeños reyes que no había conseguido alcanzar la unidad política. Después de la desaparición del reino de Yamkhad debido a los embates de Murshili I, el rey hitita, las miradas de los grandes reinos colindantes se volvieron hacia esta franja, viendo su fragmentación como una debilidad de la que aprovecharse para lograr nuevas conquistas. Entonces, los tres grandes reinos de la época, Mittani, Egipto y los hititas, ejercieron su control sobre la franja durante el periodo de 1600 a 1200 a.C., con diferentes sistemas de control y explotación (Liverani 1995: 435).

El dominio egipcio en la zona comienza con las expediciones de los primeros faraones de la dinastía XVIII tras la expulsión de los últimos reyes hicsos. Ya las primeras expediciones lograron adentrarse profundamente en la franja, sin embargo, no lograban asentarse, y no fue hasta la llegada al poder de Tutmosis III, quién conquistó progresiva y metódicamente las zonas de Palestina y sur de Siria, mediante una serie de campañas ininterrumpidas, que los egipcios se logran asentar. Una vez asentados y consolidado su dominio en la zona, hasta la altura de Ugarit en la costa y Qadesh en el interior, entablaron relaciones con el otro reino que anteriormente había dominado la zona, Mittani.

Había zonas que directamente estaban gestionadas por egipcios, como los puertos, una zona agrícola para el abastecimiento de las tropas como Yarimuta, y ciertos enclaves estratégicos. Egipto obtenía impuestos y prestaciones de estas tierras, las cuales estaban divididas en tres provincias, cuyas capitales eran: Gaza de la provincia de Canaán, en Palestina, Sumura de la provincia de Amurru, en la costa libanesa y Kumidi de la provincia de Ube, en la zona de Damasco (Liverani 1995: 437).

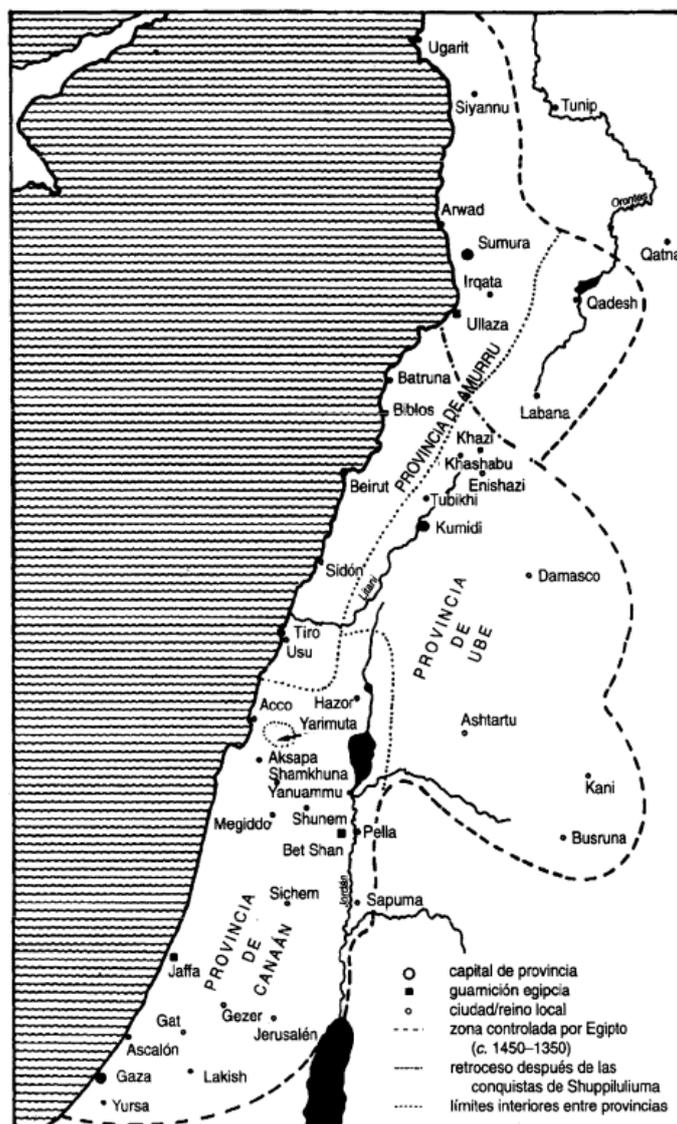


Figura 4. Los dominios egipcios en la franja siro-palestina en los siglos XV-XIII.

Las tres capitales estaban regentadas por un gobernador egipcio y en ellas había almacenes y guarniciones. Eran los centros del sistema de explotación directa, pero también los puntos de referencia para el segundo grado de dependencia, que abarcaba un territorio más amplio. En ese territorio continuaban gobernando los pequeños monarcas locales, quienes estaban vinculados al faraón por un juramento de fidelidad unidireccional. Esto suponía que estos reyezuelos eran vasallos del faraón, y debían obediencia y sumisión, pero no obligaba al faraón. En las cartas que Ribbadi envía a Ajenatón se observa ese juramento, y como el reyezuelo local de Biblos le pide ayuda, sin embargo, para los faraones la mayoría de estas luchas eran irrelevantes, y les bastaba

con garantizarse la fidelidad de los vencedores, sin comprometerse a proteger a los que fuesen derrotados (Barreyra 2006: 257).

En el ámbito tributario se estableció un procedimiento por el cual, mediante cartas de preaviso, se preparaba la recaudación del tributo, que luego se hacía efectiva anualmente en el transcurso de una campaña estacional, junto a otras posibles contribuciones. Si el reyezuelo estaba siendo capaz de gobernar la ciudad correctamente, pagar los tributos en fecha y prestar la ayuda y asistencia necesarias a las tropas egipcias, el faraón no exigía más. Sin embargo, el desinterés de los egipcios hacia los conflictos locales provocó un gran desgaste en el tejido político local, dando lugar a usurpaciones, conquistas y saqueos.

El último grado de control se representaba en ciertas zonas marginales y fronteras, como el desierto del Sinaí, Transjordania, las colinas de Cisjordania y los bosques de la Beqa' y el alto Orontes. El reino egipcio no podía recaudar tributos fijos en estas zonas por no poseer interlocutores adecuados, y además, suponían un peligro para las comunicaciones, por ello se produjeron varias expediciones de castigo, en respuesta a los continuos ataques de los “bandidos”.

El Reino de Amurru únicamente estuvo bajo el gobierno de Egipto a partir de la dinastía XVIII, cuando Tutmosis III, en el año 29 de su reinado conquista el fuerte de Ullasa, y las ciudades Ardata y Sumur. Para asegurar el control de la zona, Sumur y Ullasa son convertidos en bastiones militares, abastecidos permanentemente con equipamiento militar, comida y agua. Posteriormente, se anexionó la ciudad de Tunip, ubicada en el Orontes medio. Esta región era la considerada por los egipcios como la más septentrional de su reino, y se denominaba Amurru (Solans 2014: 78).

No se sabe nada de los orígenes de Abdi-Ashirta (1385-1344), quién alcanzó una posición predominante en una de las tribus de las tierras montañosas, y después consiguió convertirse en el jefe líder de una alianza más amplia de grupos tribales. Sin embargo, tampoco debe descartarse la opción de que haya provenido de alguna de las familias reales las ciudades de la costa (Barreyra 2006: 259ss).

Los “abiru” aparecen a menudo en las cartas del archivo de El Amarna, y actualmente también se conocen por que aparecen en documentos procedentes a otros lugares. Se pueden definir como refugiados, son individuos que han abandonado las tierras de las ciudades ya sea por causas políticas o económicas. Por ejemplo, un esclavo

fugado de las ciudades del llano podía hallar asilo entre las comunidades de la montaña. La presencia de montañas y bosques provoca que sea un área propicia para quienes deseen escapar de la autoridad gubernamental. Estos “abiru” aparecerán ligados a Abdi-Ashirta a menudo. La evaluación de la relación entre este líder y los rebeldes es particularmente difícil, puesto que cualquier análisis tiene que basarse casi completamente en las difamatorias y sesgadas cartas que Ribbadi de Biblos escribe a la administración egipcia. Sin embargo, si se puede asumir que estas tribus rebeldes de las montañas ayudaron a los grupos descontentos de los centros urbanos, para asistir al surgimiento del poder personal de Abdi-Ashirta.

Las ciudades costeras de la región de Amurru fueron cayendo una tras otra en manos de Abdi-Ashirta, seguidas al tiempo por las ciudades dentro del espacio de influencia de Biblos. Los primeros asentamientos en ser tomados fueron Ardata e Irqata, ubicadas en la zona meridional del país a los pies de los montes del Líbano. Irqata se convirtió en la base militar desde la cual se iban a lanzar todos los ataques, y sus tropas partían de allí para ocupar sus objetivos, como Sumur.

Una de las cartas halladas en el archivo de El Amarna (EA 62) enseña a Abdi-Ashirta dirigiéndose a Pahanate, el comisionado de Egipto en el país de Amurru. Y en la carta número 60 se muestra como Pahanate da al fin su consentimiento a la presencia militar de Abdi-Ashirta en Sumur. En esta carta se entiende que este poseía el beneplácito de Pahanate, ya que estaba convencido de que iba a dar al faraón buenas referencias respecto a él. Lo más probable es que el faraón no estuviese al tanto de la nueva situación política de esta región, y entonces, Abdi-Ashirta intenta hacerle creer que todo está en orden y que puede confiar en su lealtad, quien además cree merecer el reconocimiento oficial y un nombramiento como asistente del comisionado egipcio en Amurru.

Un aspecto importante que destacar es que cuando Abdi-Ashirta se refiere a una supuesta amenaza por parte de los reyezuelos de la confederación de Mittani para atacar Amurru, un hecho que iba a ayudar a reforzar ese reconocimiento que este buscaba de parte del faraón, el gobernante de Amurru se diferencia con notabilidad de los “hazannu”, que significa reyezuelo. Esto podía tener dos lecturas: una en la que hasta que el faraón no reconozca a Abdi-Ashirta este no puede considerarse “hazannu”; y otra en la que puede que el gobernante de Amurru nunca estuvo dispuesto a situarse en un estatus de dependencia completa de Egipto.

El ataque de Abdi-Ashirta parece que puso en riesgo el sistema de dominación local de la zona. No hay datos de las intenciones reales de este, aunque realmente estaba sentando las bases de un modelo alternativo con otra estructura política, uno en el cual no existiera una línea vertical de dominación-subordinación con el rey egipcio. Si los grupos de “Abiru” comandados por Abdi-Ashirta, que habían sido marginados de los núcleos poblacionales costeros, no impusieron sus intereses tras la expansión, no se entiende el ataque deliberado contra la figura del rey de una ciudad-estado. Este cambio, pudo llegar a ser visto por los egipcios como una peligrosa alteración de los modelos tradicionales de esta zona. Y es que, mientras los egipcios ansiaban alcanzar la paz y el equilibrio universal mediante la sumisión, Abdi-Ashirta y su gente lo buscaban mediante la rebelión.

6. Relaciones internacionales y sistema regional

En el grupo de cartas referidas al reino de Biblos los temas abordados entran dentro de lo que se conoce como relaciones interestatales, cuyo conocimiento se incrementa notablemente a lo largo de la Edad del Bronce Final (1550 – 1200 a.C.). Este tipo de relaciones, que regulan situaciones políticas de subordinación, alianza o enfrentamiento, aparecen también documentadas en otros textos originales procedentes de diversas regiones como Asiria, Babilonia y Egipto. Los documentos pertenecen a distintos géneros: cartas, textos literarios o administrativos o incluso tratados. Las relaciones interestatales se encontraban altamente formalizadas durante esta época y debían seguir unas reglas jurídicas y unos códigos de conducta aceptados por reinos que con frecuencia tenían tradiciones culturales diferentes. Ello permite afirmar que en esta época existió un sistema diplomático que, si bien no era paragonable a lo que hoy entendemos como tal, sí era compartido por el conjunto de las sociedades del periodo.

Durante el Bronce final, y especialmente en la llamada “era de el-Amarna”, es cuando se consolida una práctica diplomática ampliamente extendida tanto en el Próximo Oriente como en el Mediterráneo oriental. Es entonces cuando se produjo una gran y uniforme distribución de documentos de tipo diplomático por toda la región destinada a formalizar las relaciones internacionales entre los estados en sus distintos niveles. La calidad y la

cantidad de documentos es tal que llega a reflejar con bastante fidelidad las negociaciones más típicas y las tendencias del mundo político de la época (Liverani 2003: 24-25).

Las mayores particularidades de las relaciones internacionales del periodo amarniense radican en la estructuración de las relaciones dentro de un sistema que englobaba toda la región, basado en la convivencia de un conjunto de unidades políticas que poseen su propia relevancia a nivel regional, y en la capacidad de establecer una estructura jerárquica estable dentro de las unidades regionales, pero con un acuerdo convencional sobre su estatus que garantiza igualdad entre ellas, con el fin de preservar el equilibrio de poder vigente.

En relación con la formalización de las relaciones, existían dos tipos: verticales, en las que se impone una jerarquía de poder, y horizontales, entre reinos considerados del mismo nivel. Los monarcas de las potencias regionales eran conocidos como “grandes reyes”, lo que indica que teóricamente eran independientes de los demás. Entre estos se incluye al faraón Ajenatón. El resto de los reyes subordinados a estos reciben el nombre de “pequeños reyes”, como Ribbadi, Abdi-Ashirta, Yapah-Hadda... Estos eran autónomos, pero no independientes, y actuaban como “siervos” de los grandes reyes que eran sus señores. Ribbadi es sin duda el mejor exponente de esta situación (Liverani 1995: 369 ss).

Entre los modelos de integración propuestos en su día por Karl Polanyi en su obra “La Gran Transformación” se encuentra el de la reciprocidad, el cual se define como “movimientos entre elementos homólogos de complejos simétricos”. Esta formulación presupone la existencia de dos o más socios interlocutores de un mismo rango que interactúan desde posiciones de aparente paridad, como es el caso de Ribbadi, Abi-Milku, rey de Tiro, o Zimredda, rey de Sidón. No obstante, dicha igualdad de rango resulta más conceptual que efectiva, dado que los individuos difieren inevitablemente en aspectos como su estatus social, edad, riqueza o prestigio. Asimismo, en la acción del intercambio, cualquier circunstancia fortuita puede alterar la igualdad de rango, como, por ejemplo, quién inicia la negociación, cuál de los interlocutores se encuentra en una posición de mayor necesidad o los antecedentes de interacciones previas. Cabe señalar, además, que este modelo implica una equivalencia entre los bienes intercambiados, algo que tampoco se produce realmente (Polanyi 1944: 90-95).

Por otro lado, Polanyi propone el modelo redistributivo como otra forma de integración económica, caracterizado por un marcado desequilibrio entre una autoridad central y los actores periféricos, así como entre los flujos centrípetos (contribuciones hacia el centro) y centrífugos (distribuciones desde el centro). Este modelo puede manifestarse en una amplia gama de situaciones, que van desde aportaciones unidireccionales impuestas mediante coacción, ya sea de naturaleza ideológica o física, hasta formas más estructuradas y centralizadas de reciprocidad institucionalizada. No obstante, es fundamental señalar que este modelo redistributivo, en su formulación más centralizada, representa la perspectiva del agente central, y tiende a construir una visión del sistema que omite aquellas relaciones en las que dicho centro no interviene directamente o que escapan a su control. Además, cualquier interlocutor de la periferia era capaz de crear su propia red centralizada (Polanyi 1944: 95-97).

Los países extranjeros poseen de distintas materias primas fundamentalmente con el propósito de abastecer al país central de toda la gama de productos susceptibles de satisfacer sus complejas y variadas necesidades. Esta dinámica de polarización centrípeta confiere a cada enclave periférico un papel específico dentro de un sistema jerárquicamente estructurado, en el que dichos territorios asumen una posición subordinada frente al centro. Los reinos extranjeros, con sus monocultivos, carecen de autosuficiencia y no poseen la capacidad de sostenerse de manera autónoma, y el país central, al recibir y coordinar toda la gama de productos, es el país destinado a vivir, para luego redistribuir la vida a la periferia (Liverani 2003: 205).

En el caso del Estado egipcio, cuyo relativo aislamiento geográfico, cosmovisión centralista y superioridad material respecto a otros actores regionales son factores determinantes, se observa una frecuente aplicación del modelo redistributivo (Liverani 2003: 33–34). Las fuentes textuales de la época tienden a representar las relaciones internacionales a través de lo que se ha denominado la “perspectiva del espejo”, según la cual todo lo que es válido en una dirección debería serlo también en sentido inverso. Lo mismo sucedía en los intercambios de bienes materiales, que son planificados a partir de declaraciones simétricas, tales como: “Cualquier cosa que desees de mi país, escríbemelo y te la harán llegar; y cualquier cosa que yo desee de tu país, te lo escribiré y ellos me la traerán” (Liverani 2003: 205).

Entre los reyes de mismo rango, y más frecuentemente entre los grandes reyes, las relaciones políticas eran paritarias, menos con Egipto, que ostentaba una evidente

superioridad demográfica, militar y económica respecto a los reinos asirios. El faraón se considera superior y trata a sus interlocutores con distanciamiento o desprecio, mientras los reyes asiáticos parecen dispuestos a ceder en cualquier cuestión para poder acceder al oro de Egipto. Pese a todo, al internarse en el sistema diplomático ya establecido en Asia, Egipto debía aceptar un mínimo de igualdad formal, reflejada en términos como: hermandad, amistad y bondad, basados en una ideología familiar que está muy ligada a la costumbre de realizar matrimonios entre dinastías. Entre “hermanos” debían prevalecer los intereses de ambos ante los individuales (Liverani 2013: 43).

Las relaciones del periodo están marcadas por un modelo paritario y especular que se puede apreciar en las cartas de Ribbadi. Con un método para el saludo y augurio repetido en la mayoría de las cartas, además de reglas claras de etiqueta que sólo se violan cuando se pretende ofender o presionar. También existían los tratados formales, cuyas cláusulas se hallan escritas de manera muy equilibrada, así como las descripciones sobre el valor de los regalos dados y recibidos. En estos casos, la generosidad y el altruismo a menudo se enfrentan a la necesidad de mantener un equilibrio económico, lo que sin duda resultaba descortés y grosero. No obstante, ningún gran rey estaba dispuesto a ceder en esto a costa de su propio interés.

Las relaciones verticales estaban caracterizadas por ideologías específicas y estrictas normas. Se fundamentan en la desigualdad, como lo indican los papeles de "siervo" y "señor", en lugar de "hermanos". El pequeño rey debía someterse completamente al gran rey y no podía evitar sus responsabilidades. A cambio de lealtad y tributos, el gran rey brindaba protección contra amenazas externas e internas del reino. Mientras mantenga su lealtad, en teoría, el pequeño rey tiene asegurados su reinado y la herencia del trono. Los reyezuelos que se alzaban contra su señor, intentando obedecer a otro gran rey, eran severamente castigados, incluso con la muerte o la pérdida del trono. De ahí las cartas que Ribbadi escribe, puesto que su señor debía defenderle de Abdi-Ashirta, además de las graves acusaciones que llega a hacer contra este, de establecer relaciones con Mittani, otro gran reino, intentando que el faraón reaccione y le castigue.

Incluso en períodos de paz las relaciones diplomáticas se caracterizaban por su elevada complejidad, ya que da la impresión de que las negociaciones matrimoniales y comerciales están siempre a punto de fracasar. Además, la correspondencia, los obsequios y las alianzas matrimoniales son más efectivos para las relaciones políticas mientras están activas que después de finalizadas, por lo tanto, se intenta extender las negociaciones

tanto como se pueda, y una vez que concluyen, enseguida comienzan nuevas. Este tipo de conflicto requiere seguir ciertas reglas de igualdad, evitando fraudes y emboscadas, características de las sociedades consideradas salvajes. Los nómadas del desierto o de las montañas solían atacar sin previo aviso, por la espalda, cuando el adversario estaba menos alerta, pero entre los reyes civilizados esto era muy distinto.

Primero se declara el conflicto bélico, y se detallan las razones de índole ética o legal que hacen ver al retador como un hombre justo y a su adversario como un traidor. Y luego se lleva a cabo un despliegue de fuerzas en el día y sitio determinados, con una distribución estricta de roles entre el atacante y el defensor. El desenlace del conflicto revela quién está en lo correcto, y aquellos que son vencidos, al menos los integrantes de la aristocracia militar, tienen la posibilidad de recuperar su libertad mediante el abono de un rescate. Todos los involucrados pertenecen a la misma civilización y a la misma categoría sociopolítica, los adversarios no eran ni bárbaros ni invasores, sino guerreros. La indiferencia hacia los inferiores se limitaba a los nómadas y montañeses, que están fuera de la civilización debido a que no aceptan las jerarquías políticas ni las normas de interacción, y buscan contrarrestar su evidente inferioridad mediante artimañas (Liverani 2013: 44).

Para estas interacciones se empleaba una lengua común, el acadio, que puede ser denominada la lengua diplomática. Además, era común documentar mediante textos bilingües los documentos interestatales de mayor relevancia tanto a nivel político como legal. Adicionalmente, la terminología técnica y la fraseología política se extendieron a gran escala, repletas de calcos y préstamos semánticos para replicar una perspectiva muy habitual y un tanto tradicional de las relaciones políticas. A esto se debe añadir que el periodo del Bronce final fue el de mayor difusión de técnicas especializadas, motivos iconográficos, materiales valiosos y objetos elaborados, todos ellos con un toque de cultura global, que sobrepasaba los rasgos locales originales. (Liverani 2003: 26 ss).

La armonía conseguida entre las potencias regionales de la región fue el producto de extensos procesos que propiciaron su desarrollo a través de la unificación de las unidades políticas anteriores de nivel cantonal. Por lo tanto, durante el periodo de balance de poder, las entidades políticas se repartían de forma relativamente homogénea por toda la región del Medio Oriente, con escasos lugares vacantes o susceptibles a un ataque entre todas. Además, aún no existía ninguna organización que hubiera llegado al nivel militar, tecnológico y organizativo para tratar de unificar la nación.

Esa unificación imperial exclusivamente podría establecerse después del derrumbe del sistema regional a finales de la Edad del Bronce, y después de que una porción de la región regresara a su estado inicial, o sea, al estado cantonal, brindando a las potencias de aquel tiempo la oportunidad de expandirse adquiriendo territorios frágiles de su periferia. Por lo tanto, el periodo amarniense forma parte de ese periodo de balance de poder, que es una etapa estable entre dos etapas dinámicas que avanzan de manera gradual hacia la formación de los sistemas políticos. También durante este periodo ocurren cambios políticos específicos, pero no se consigue una estructuración de la región. Será durante esta fase estática cuando las convenciones políticas de la época, ya en formación durante el Bronce medio, se formalizan de manera más orgánica.

7. Red de intercambios y cultura palatina

En esta época se produjo una intensificación de las relaciones entre palacios reales, los cuales se hallaban conectados entre sí mediante una red de contactos personales, comerciales y culturales, la cual favoreció la creación de un clima internacional mucho más dinámico que en épocas anteriores. (Liverani 1995: 371ss).

Dicha red de intercambios se expandió hasta Egipto y la cultura micénica. Usualmente, la red comercial y diplomática coinciden, siendo esta última la canalizadora de la parte emergente y prestigiosa del comercio. En términos generales, esta red puede dividirse en tres subsistemas: uno utilizado para el intercambio de mensajes, otro para intercambiar personas, y otro en el que se intercambian bienes. El intercambio bienes y personas solía sobreponerse al intercambio epistolar, y, además, muchas de las misivas enviadas, aparte de tratar negociaciones matrimoniales u ofrendas, poseían un contenido simbólico o protocolario de valor propio, como lo demuestran aquellas cartas que contienen exclusivamente fórmulas de saludo.

Debe subrayarse la importancia de los aspectos formales en la elaboración de la carta y su contenido. En las diversas culturas de la época, la dirección de la carta se redactaba siguiendo unas fórmulas protocolarias aceptadas a nivel internacional. Como, por ejemplo, y según la tradición egipcia, la dirección es una mera indicación de remitente a destinatario.

Con los saludos la mecánica es la misma. Entre los grandes reyes era habitual el intercambio de buenos deseos e informaciones relativas al estado de salud del propio rey, de su familia, de los altos dignatarios del reino e incluso de los caballos, extendiéndose frecuentemente a la totalidad del reino. Mientras que entre los reyes menores y los faraones se instaura una *salutatio* con menosprecio propio. No procede de la cultura egipcia, y estos la sienten como procedente de la zona asiática, sin embargo, los reyes allí no la utilizan con sus señores hititas o mitannios, lo que indica que se trataba de una fórmula particular, reservada para dirigirse al faraón, concebido como una figura casi divina.

El intercambio de personas se produce principalmente en los matrimonios interdinásticos. Aunque, en un primer momento esta práctica debería ser de carácter recíproco, tal y como se proclama durante las negociaciones, en realidad, dista mucho de ello. Un caso representativo es el del faraón de Egipto, quién con frecuencia solicitaba esposas asiáticas, pero manifestaba explícitamente que las mujeres egipcias no contraían matrimonio con nadie, lo que demuestra una posición de superioridad con respecto a los demás interlocutores (Liverani 1995: 373 ss).

Las negociaciones solían iniciar con un clima de entusiasmo, declaraciones de júbilo y disponibilidad, que tendía a diluirse progresivamente a causa de retrasos y controversias surgidas en el transcurso del proceso. Estas negociaciones se enfrentaban principalmente a tres obstáculos: el primero es el cálculo de la dote y regalos mutuos, que otorga a estos matrimonios el aspecto de un negocio; el segundo obstáculo es la cuestión del rango, ya que para una princesa no es lo mismo convertirse en reina que en un miembro más de un harén; y el último obstáculo a superar es la situación en la que quedaban las princesas tras contraer matrimonio en cortes extranjeras, ya que en muchos casos se comprueba que las razones de prestigio e interés político, que parecían obvias en las negociaciones, se desvanecían una vez consumada la unión.

Además de princesas, también circulaban especialistas, solicitados expresamente por un rey a otro, y enviados con una mezcla de orgullo y preocupación. Estos expertos desempeñaron un papel fundamental en la difusión de técnicas y conocimientos originarias de sus cortes hacia otros centros de poder. Se solicitaban especialistas de los reinos más importantes, y su préstamo se consideraba motivo de prestigio para quién los proporcionaba, sin embargo, una vez trasladados, se los intentaba retener el mayor tiempo posible, y existen casos en los que ni siquiera eran devueltos, lo que generaba tensiones

diplomáticas. Entre los especialistas más cotizados se hallaban médicos y exorcistas procedentes de Asia y Egipto, aunque también se solicitaban músicos, escultores y artesanos de múltiples disciplinas.

El tercer subsistema era el intercambio de regalos, una práctica que servía como medio diplomático para mantener relaciones entre reinos durante este periodo. Detrás de esta fórmula ceremonial existía también una realidad comercial, tanto porque estos intercambios entre monarcas facilitan el comercio oficial al allanar el camino para los propios comerciantes, como porque ellos también son, en gran parte, comerciales. Es posible identificar flujos regulares de mercancías: Egipto proporcionaba el oro que obtenía del alto Egipto, Nubia y África oriental, así como ébano, marfil tallado y más productos africanos. El lapislázuli procedía de Babilonia; la plata de Khatti; los carros, caballos, armas y vidrios de Mitanni y Siria; y la lana teñida de púrpura de la costa siria.

En los intercambios se medía rigurosamente lo entregado y lo recibido, y aunque las partes no siempre se mostraban plenamente conformes, tales discrepancias solían disimularse mediante gestos de generosidad o aparente desinterés. Los obsequios debían de adaptarse a la ocasión específica y se hacían con motivos de ocasiones especiales, entre las que destacaban las bodas. Cuando las relaciones entre los monarcas eran paritarias los regalos se justificaban bajo la apariencia de intercambios comerciales, mientras que en contextos de subordinación el pretexto es el tributo. La terminología empleada en las fuentes escritas contribuye a que los tributos puedan ser percibidos como si fueran regalos. La diferencia con respecto a los regalos de verdad es que son tributos cuya cuantía está establecida contractualmente, y la retribución esperada por parte del monarca receptor no es material, sino política, ya que se trata de la garantía de protección en caso de ataque enemigo.

La mayoría de las relaciones de reciprocidad se encuentran documentadas en fuentes escritas durante los momentos más críticos de una alianza, que solía ser en la fase inicial, momento en el que los intercambios suelen consolidarse. No obstante, el comienzo de una relación diplomática nueva rara vez queda registrado. El procedimiento para confirmar la alianza se basará en la costumbre establecida de que cuando un rey asume el trono, otros reyes le envían dones y aceite puro para la unción real. Sin embargo, tales obsequios no son enviados con carácter desinteresado, sino que implicaban una expectativa de reciprocidad de regalos que muestren la buena disposición a continuar con

los intercambios. Para consolidar la relación entre monarcas era necesario un flujo recíproco y equitativo de bienes materiales.

8. Mensajeros y embajadores

En las cartas se observa como la figura del mensajero posee una gran importancia, tanto los de Biblos que transportan las cartas de Ribbadi, como los egipcios que llegan con las decisiones del faraón. Y esta importancia radica en que las cartas que estos mensajeros o embajadores eran el único medio de comunicación entre unos reyes tan alejados entre sí. Asimismo, en el periodo del Bronce final la complementariedad entre los mensajes orales y escritos presentaba un carácter mucho más estricto que en la actualidad, ya que la carta conservaba la forma de un mensaje oral (Liverani 2003: 111).

Tal como se evidencia en la correspondencia, la entrega de cartas constituía un proceso complicado, ya que lo normal era que los propios monarcas, no supieran ni leer ni escribir el acadio o babilonio, las lenguas diplomáticas de la época, por lo que dependían de la asistencia de escribas e intérpretes especializados. Por su parte, se esperaba que el propio mensajero contribuyera activamente a la correcta transmisión del mensaje de forma que se entienda el auténtico significado de la misiva. Además, dado a que el diálogo directo entre ambos era imposible debido a las largas distancias, ya que se tardaría años para llegar a un acuerdo si dependiera exclusivamente del ritmo estacional de estos mensajes, el mensajero asumía otras funciones adicionales: debe estar capacitado para responder a las preguntas, complementar el mensaje con explicaciones y exponer las verdaderas intenciones del remitente. Esto implica que debe poseer un conocimiento suficiente del contenido de la carta y del contexto, y además también existía la posibilidad de que el mensajero malinterpretara la voluntad de su monarca.

El rol y rango del mensajero varían en función de la naturaleza del mensaje que transporta, aunque los términos utilizados para designar a los mensajeros son siempre los mismos. Los mensajes corrientes y las órdenes administrativas eran confiadas a simples correos, los cuales no tienen ninguna responsabilidad ni conocimiento sobre el contenido de las cartas, y cuya única responsabilidad es entregar el mensaje. En un nivel jerárquico superior, el término “mensajero” se aplica a oficiales egipcios como “Pahanate” o

“Yankhamu”, quienes encabezaban contingentes armados en sus giras anuales para la recolección de tributos, o en sus expediciones a las minas y bosques foráneos.

En estos casos, la entrega del mensaje a los jefes locales constituía únicamente una parte de sus atribuciones como mensajero, ya que, también comandaban una centena de soldados, y hacen la función de “conductor de caravana”, mediante la cual regresa a Egipto con grandes cargamentos de mercancías. Estos responsables designados como “mensajeros” también hacían la función de representantes directos de su monarca, una especie de extensión armada y portavoz del soberano cuya autoridad, aunque este se mantenga en su palacio, puede llegar a las regiones más alejadas.

Los mensajes de carácter genuinamente diplomático eran encomendados a personas de alto rango, como oficiales superiores de palacio o a los familiares del rey. Esto se observa en la carta 137 cuando Ribbadi menciona que envía a su hijo de mensajero a Ajenatón. Estas personas estaban perfectamente familiarizadas con los asuntos en disputa y, por lo tanto, pueden añadir explicaciones necesarias e incluso negociar acuerdos por propia iniciativa (Liverani 2003: 112).

La libertad de maniobra del mensajero se amplía considerablemente en el marco de negociaciones más importantes y delicadas, que normalmente son aquellas relacionadas con los matrimonios interdinásticos. En tales contextos, la carta representa tan sólo el primer paso dentro de un proceso más extenso, que se desarrolla a través de futuras discusiones encomendadas a los mensajeros que, realmente, están realizando labores de auténticos embajadores. Cuando las capacidades o rango del mensajero no están a la altura de la complejidad y tacto exigidos por la tarea a cumplir, su intervención puede provocar malentendidos o errores diplomáticos, lo que suele derivar en duras reprimendas. En cambio, las negociaciones correctas y eficientes que culminan un proceso largo y difícil reciben todo tipo de alabanzas y regalos por parte de los reyes por los que se ha negociado. Además, los mensajeros que han demostrado su fiabilidad y competencia en el pasado pueden ser convocados para llevar a cabo misiones futuras.

El primer obstáculo al que se enfrentaba un mensajero era el mismo viaje, caracterizado por su peligrosidad, especialmente para aquellos correos que debían viajar en solitario a través de regiones remotas, exponiéndose a los ataques de bandoleros o nómadas. Atravesar las regiones esteparias del interior de Siria y de la Alta Mesopotamia era una tarea muy exigente, y por ello los mensajeros buscaban la protección de guías

pertenecientes a las mismas tribus que amenazaban su paso. La dificultad del viaje aumentaba por el hecho de que, junto a las misivas, los mensajeros solían llevar presentes preciosos, lo que los convertía en blancos pretendidos por reyezuelos y bandidos. Sin embargo, en ocasiones los reyes expedían documentos que hacía la función de pasaporte diplomático. Si bien este no era útil frente a los bandidos, al menos podía disuadir a los reyezuelos locales de retener a los emisarios (Liverani 2003: 113).

Debido a los problemas de seguridad en el transporte el emisario no viajaba solo, asique estaba acompañado por varios carros y una escolta, conformando una pequeña caravana. Sin embargo, el tamaño de la caravana aumentaba proporcionalmente el riesgo de ser atacada, por ello, cuanto mayor la caravana, mayor debía ser la escolta necesaria y más lento sería el viaje. En las propias cartas de Amarna se diferencian entre correos, denominados “kallu”, que viajaban solos para llegar lo más velozmente a su destino, y las caravanas, que avanzaban a un ritmo más lento.

En esta correspondencia el propio Ribbadi expone como Abdi-Ashirta interceptó una de estas caravanas y se apropió del botín que había en los carros y los caballos que lo transportaban. El faraón Ajenatón incluía entre sus alardes ciertas afirmaciones sobre este asunto, como “El temor a mi yo he impuesto hasta los confines de Asia, para que mis mensajeros no sean detenidos” o “en toda la tierra de Fenkhu no se repele a mis mensajeros”. Una vez llegado a su destino, el mensajero se enfrentaba a desafíos. Dado que es cierto que, independientemente del contenido del documento y del estado de las relaciones, este era bien recibido y quedaba bajo la protección de las reglas de la hospitalidad, recibiendo alojamiento, alimento, y siendo invitado a ceremonias y festividades oficiales del monarca anfitrión, el momento de su partida traía dilemas (Liverani 2003: 114).

Desde una perspectiva pragmática, los intereses materiales recomiendan un retorno precoz, evitando demoras innecesarias, ya que, en circunstancias normales, un viaje rápido suponía más desplazamientos, y estos y estos implicaban un mayor intercambio de dones y presentes. Por supuesto, este interés materialista se enmascaraba bajo el interés noble y legítimo por la salud del interlocutor. Entre dos reyes que viven a mucha distancia, lo más usual era un viaje anual (Liverani 2003: 115).

La detención del emisario constituía un método eficaz para ejercer presión sobre un monarca, y solía ocurrir con frecuencia. En contextos de hostilidad era normal que ambos

reyes retuvieran a los mensajeros del otro como represalia. No obstante, aunque se retuviese a los mensajeros principales, la comunicación no se interrumpía por completo, y se seguían utilizando correos de menor rango, cuya posible retención no resultaría tan lesiva. Aunque era aceptada como una táctica recurrente en el ámbito diplomático, se esperaba que los emisarios retenidos fueran tratados adecuadamente, mientras se condena por tratarse de una forma de manipulación que explotaba injustamente a personas inocentes.

Era probable que con frecuencia la retención de un mensajero se resolviese en el transcurso del siguiente viaje del ciclo anual, lo que implicaba que su estancia fuera de su país se extendiese a dos años en vez de uno. Con todo, existían situaciones en las que los emisarios debían permanecer fuera por periodos más prolongados, de incluso varios años. Esto podía deberse a varios motivos porque el estado de las relaciones fluctuaba: se podían bloquear, el monarca podía olvidarse de él, o incluso puede que el propio mensajero hallara un nuevo hogar y decidiera quedarse para siempre.

Estos mensajeros retenidos en palacios extranjeros no permanecían aislados, sino que solían hallarse en compañía de otras figuras relevantes, como refugiados políticos, artistas y médicos extranjeros quienes podían haber sido prestados por un periodo de tiempo o retenidos por mucho. Si bien los grandes monarcas mostraban interés en agilizar los desplazamientos cuando se trataba de cuestiones comerciales, su actitud respecto a los asuntos políticos era diferente. Después de todo, el objetivo principal de toda negociación política es mantener el contacto, no resolver problemas (Liverani 2003: 116-117).

9. Conclusión

Las cartas enviadas por Ribbadi a Ajenatón constituyen un registro fundamental para entender la dinámica política, diplomática y militar en la época amarniense. En la mayoría de las cartas se observa un tono suplicante por parte de Ribbadi que denuncia la decadencia de la seguridad en su ciudad y la creciente amenaza de los beduinos, así como la hostilidad de las ciudades estado vecinas, que poco a poco van cayendo en manos del enemigo o uniéndose a él. Estas misivas también reflejan la profunda dependencia de los gobernantes de la zona de Canaán al poder del faraón, quién, por haber perdido parte de

su hegemonía en la zona, sumado a un cierto desinterés ante las peticiones de auxilio, deja profundamente vulnerable a Ribbadi.

Esta vulnerabilidad es aprovechada por el antagonista de las cartas, Abdi-Ashirta, en cuya figura se personifica la desintegración del sistema de vasallaje egipcio en la zona. Esto se observa en su capacidad para desafiar a Biblos y demás ciudades leales al faraón, y en cometer delitos graves contra este sin sufrir consecuencias. A su vez, también analizan las rivalidades entre monarcas menores y sus ciudades-estado, sumado al surgimiento de poderes regionales autónomos del poder egipcio.

10. Fuentes

- LIVERANI, Mario. (1998): *Le lettere di el-Amarna*, Brescia: Paideia Editrice.
- MORAN, William L. (1992): *The Amarna Letters*. Estados Unidos: The Johns Hopkins University Press.

11. Bibliografía

- AUBET, María Eugenia (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona: Crítica.
- BARREYRA, Diego. (2006): “Maten a su señor. Los oscuros orígenes del Reino de Amuru en el periodo de El-Amarna”. *Estudios de Asia y África*. Vol. XLI, núm. 2, Distrito Federal, México. Pp. 255-276
- CASTILLO, Silva; DIGARD, Jorge; DIGARD, Jean Pierre (1982): *Nómadas y pueblos sedentarios*, México: El Colegio de México.
- DROWER, Margaret S. (1995): *A Life in Archeology*. University of Wisconsin.
- FLINDERS PETRIE, William Matthew (1894): *Tell El Amarna*, Londres: Methuen & co.
- GRIMAL, Nicolás (1996): *Historia del Antiguo Egipto*, Madrid: Akal
- HALPERN, Baruch. (2011): “Voyage to Yarimuta” *The Fire Signals of Lachish*. Pp. 141-157.
- KUHRT, Amélie (2000): *El Oriente Próximo en la Antigüedad (3000-330 a.C.)*, vol. 1, Barcelona: Crítica.
- LIVERANI, Mario.
(1995): *El antiguo oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona: Crítica
(1998): *Le lettere di el-Amarna*, Brescia: Paideia Editrice.

(2003): *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1110 a.C.*, Barcelona: Bellaterra.

(2013): “Guerra y diplomacia entre Egipto y Asia durante el Imperio Nuevo”, *Desperta Ferro*, 15, 42-45, 2013.

- MORAN, William L. (1992): *The Amarna Letters*, Estados Unidos: The Johns Hopkins University Press.
- POLANYI, Karl (1944): *The Great Transformation*, Estados Unidos. Beacon Press.
- SOLANS, Bárbara E. (2014): *Poderes colectivos en la Siria del Bronce Final*. Ed. Barcino Monographica Orientalia. Vol. 2, Barcelona.

12. Procedencia de las figuras

1. Figura 1. Mapa político del Oriente Próximo en la época de Amarna, finales del siglo XIV a.C. [<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=12048950>]
2. Figura 2. Planta de la zona central de la ciudad de Amarna, siglo XIV a.C. [<https://www.geohistoarteducativa.es/tell-el-amarna-la-ciudad-de-akhenaton/>]
3. Figura 3. Tablas cuneiformes. [FLINDERS PETRIE, William Matthew (1894): *Tell El Amarna*, Londres: Methuen & co.]
4. Figura 4. Los dominios egipcios en la franja siro-palestina en los siglos XV-XIII. [LIVERANI, Mario. (1995): *El antiguo oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona: Crítica. Pp. 438]

